

Dos Obras Instantáneas de Gracia

Primera obra Instantánea de Gracia: La Salvación

Los tres aspectos que suceden al mismo tiempo son la justificación, regeneración y la adopción. Ellos son concomitantes, pues no hay orden ni jerarquía prioritaria, sino una realidad experiencial obrada por la trinidad en tiempo y espacio.

Primer Aspecto en la Salvación: la Justificación

Toda presentación de la salvación cristiana tendrá la justificación como eslabón central y centralizador. Pablo la desarrolló fuertemente en sus cartas a los Romanos y a los Gálatas. La Reforma protestante vería su decisivo resurgimiento. Como se ha mencionado antes, la justificación ocurre simultáneamente con la adopción y la regeneración—el nuevo nacimiento.

Rob Staples ha trazado un contraste claro y memorable entre la justificación como el lado objetivo de nuestra relación con Dios por medio de Cristo, y la regeneración como el subjetivo. La justificación es lo que Jesucristo hace por nosotros, pero la regeneración es lo que el Espíritu Santo obra en nosotros.

Staples observa que Pablo desarrolla esta idea en Romanos (3:23-24; 4:1-5; 5:1), advirtiéndonos que la justificación proviene del ámbito legal, y que significa “absolución”. “Ser justificados”, escribe Staples, “significa que nuestra culpa ha sido removida y que nuestra rota relación con Dios ha sido restaurada por un acto de Dios de libre gracia y perdón”.

Efesios 2:8-9 ha sido aclamado como un gran texto protestante. Aunque es por lo menos eso, en realidad todo lo que hay que decir es que es un gran texto, y nada más. Creer que “por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe”, es afirmar que la fe—o por lo menos el potencial para ejercitar la fe—es en sí un otorgamiento divino. Solo afirmar la “justificación por la fe” puede dar la impresión de que la fe es únicamente logro humano, pero si añadimos “por gracia”, la fe queda calificada como interacción entre el apremio divino y la respuesta humana.

El contexto legal de la justificación no debe cegarnos al poder religioso y existencial de ser declarados justos por un Dios santo. Jaroslav Pelikan capta algo de este drama cuando escribe que la justificación apunta “a la ‘justicia’ por la cual el acusado, de pie ante el juez y ante la corte a cuya misericordia se entrega en completa confianza, es pronunciado inocente”.

No se necesita mucha imaginación para reconocer que muchos de los acusados que—en el sentido legal—son exonerados y por tanto justificados, no experimentan un cambio de corazón tras ser declarados inocentes por la corte. Declarar a alguien justo no implica necesariamente volver su corazón hacia el bien.

Es precisamente en este punto que los wesleyanos definitivamente rompen fila con los calvinistas. Según lo entiende Kenneth Grider, el calvinista típico afirma que únicamente Jesucristo es de verdad justo, por consiguiente, toda otra justicia deberá ser solo imputada o derivada. Para los calvinistas, Romanos 3:10-12 significa que ningún mortal podrá jamás ser verdaderamente justo.

Los wesleyanos por supuesto afirman no solo la justicia imputada a los creyentes por causa de Jesucristo, sino también la justicia impartida a los creyentes por el Espíritu Santo, el alma injertada en la vida de Dios.

Una Comparación de las Posiciones Protestante y Católica Romana

Una controversia de quizá mayor alcance, complejidad y consecuencia acerca de la justificación que aquella entre calvinistas y wesleyanos, es la de los protestantes y los católicos romanos. La diferencia ha sido resumida admirablemente por H. Ray Dunning. Grandes pensadores católicos como Agustín y Tomás de Aquino creían que por medio de la justificación el hombre era hecho éticamente recto en virtud del don o la infusión de la gracia divina. Dios, al hacernos justos por medio de su gracia, es capaz no solo de aceptarnos sino de santificarnos. De hecho, algunos dirán que es precisamente sobre la base de haber sido santificados por Dios que es posible que seamos justificados por Él.

¿En qué consiste el problema con este punto de vista que en cierta manera suena parecido al wesleyano de justicia “impartida” o actual? Dunning le da al clavo al escribir que la posición católica “no puede entender el significado de ‘la justicia de Dios’ en Romanos, porque la interpreta como la justicia ética que Dios requiere, y porque sostiene que nosotros producimos nuestra propia justicia por medio de las buenas obras”.

Dunning sabe, y con propiedad, que la perspectiva tradicional católica romana pone la carreta antes que los bueyes al confundir el orden correcto de la justificación y la santificación. Primero Dios debe santificar, han enseñado los católicos, para que luego pueda justificar. La santificación hay que demostrarla y probarla con la producción de buenas obras, de modo que estas obras, las cuales son apoyadas obligatoriamente por el sistema penitencial y sacramental de la iglesia católica, con el tiempo se vuelvan salvíficas. No es muy largo el trecho de aquí a la justicia por obras.

Los reformadores protestantes clásicos, como Lutero y Calvino, vieron el peligro de esto pero, al reaccionar excesivamente, terminaron sosteniendo la posición de la justificación únicamente como imputación, o, según Lutero, como “justicia ajena”. En tal caso fue posible hacer que la justificación permaneciera como algo totalmente externo, sin que nada cambiara dentro del corazón humano al ser justificado.

Perspectiva Relacional de la Justificación

Dunning ve a la perspectiva relacional de la justificación como la salida de este atolladero protestante-católico romano. Sostiene, además, que esta perspectiva relacional está en total acuerdo con las prioridades teológicas wesleyanas. La posición relacional evita los excesos de la enseñanza católica de que Dios de alguna manera debe hacer a alguien éticamente justo antes de que pueda justificarlo. También se sobrepone a la posición de “ficción legal” o “justicia ajena” sostenida por Lutero y Calvino. Esta perspectiva relacional, declara Dunning, no implica una justicia previa que de alguna forma se convierte en la base de la nueva relación [esta es la posición católica romana], sino que es una realidad que se crea en la declaración de Dios, y con ella, de que el hombre de fe es justificado. La justificación es la proclamación de Dios de que una persona es justa, y es esa proclamación lo que la hace justo. De esta manera se evita, por un lado, la manera católica de justicia por obras, y por otro, el concepto reformado de una ficción legal.

La discusión de Dunning es apenas un atisbo de lo complejo de la teología de la justificación. Dunning afirma que ver la justificación a la luz de lo relacional significa que “la nueva relación constituye una justicia real, la cual se puede distinguir de la santificación como la transformación ética del carácter”. Esto coincide con la famosa declaración de Wesley de que la justificación constituye “un cambio relativo” mientras que la santificación es “un cambio real”. Tanto Wesley como Dunning creen que un cambio relativo o relacional se detiene en algún punto antes de “la transformación ética del carácter”, cosa que se logra por medio de la entera santificación.

¿Cuál es el único mensaje inequívoco de la justificación por gracia por medio de la fe que todos deben escuchar? Las notas afirmativas de gracia, perdón, relación y justificación resuenan en la siguiente amplia declaración de Michael Lodahl, la cual también sirve como un bello resumen de nuestra breve discusión de esta vital doctrina: Este mensaje triunfal de la sorprendente gracia de Dios constituye indudablemente la nota distintiva del evangelio. La gracia de Dios sorprende porque demasiadas veces lo que valemos y poseemos se evalúa sobre la bases de nuestro desempeño en la escuela, en el trabajo, entre las amistades y, trágicamente, con frecuencia, en nuestras familias. ¡Sin embargo, la promesa de Dios en la vida, las palabras, la muerte y la resurrección de Jesús es que nos ama y nos acepta tal y como somos! Si aceptamos esa promesa, y descansamos en esa gracia, ello nos será “contado por justicia”, como lo fue con Abraham. Seremos justificados o traídos a la relación propia con Dios—una relación que se fundamenta en la reputación de Aquel que promete, pero que se hace actual cuando nosotros creemos en la promesa. Nosotros tendemos a menudo, y lo aprendemos de la sociedad y de la familia, a agradar a Dios por ser agradables, a ganar su favor por ser buenos, a merecer su misericordia y amor por ser amorosos. Son precisamente estos esfuerzos por ser dignos del amor y la gracia divina lo que en realidad obstruye que recibamos lo que ya se nos ha ofrecido gratuitamente. Las buenas nuevas son que Dios nos ama y nos ofrece perdón ahora.

Debemos ver la justificación en dos aspectos: legal y evangélico. La justificación legal quiere decir justificación conforme a las exigencias estrictas de la ley. Sin embargo, el creyente ya perdonado o justificado por la fe en Cristo, se tiene por justificado en las obras, cuando Dios aprueba sus obras como que evidencian la realidad de su fe (Stg. 2:14-26).

La justificación de que tratan las Escrituras y que se aplica al pecador se llama justificación evangélica, o perdón; por lo que se entiende la aceptación por Dios de un pecador que es y se confiesa reo, y que se arrepiente y cree en Jesucristo (Mar. 1:14-15; 16:16; Rom. 1:16-17; 4:3-7; Gal. 2:16-17). Respecto al método de la justificación deben considerarse tres cosas: 1) la causa originaria es la gracia de Dios que lo indujo a proveer un sustituto en la persona de su Hijo, hallándonos en peligro de muerte, como pena de nuestras ofensas (2 Cor. 5:18-21; Gal. 2:16-20; Efe. 2:2, 4-8; Tit. 3:4-7); 2) Este sustituto es la causa meritoria de nuestra justificación. Lo que hizo Cristo, padeciendo en satisfacción de la pena prescrita por dicha ley, constituye la base de nuestro perdón o justificación delante de Dios (Hch. 13:38-39; Rom. 3:21-22). 3) Causa instrumental de nuestra justificación, el mérito de Cristo no opera para originar el perdón como resultado necesario e inevitable sino por la instrumentalidad de la fe.

La justificación es lo que Jesucristo hace por nosotros, pero la regeneración es lo que el Espíritu Santo obra en nosotros. “Ser justificados”, escribe Staples, “significa que nuestra culpa ha sido removida y que nuestra rota relación con Dios ha sido restaurada por un acto de Dios de libre gracia y perdón”.

Efesios 2:8-9 ha sido aclamado como un gran texto protestante. Aunque es por lo menos eso, en realidad todo lo que hay que decir es que es un gran texto, y nada más. Creer que “por

gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe”, es afirmar que la fe—o por lo menos el potencial para ejercitar la fe—es en sí un otorgamiento divino. Solo afirmar la “justificación por la fe” puede dar la impresión de que la fe es únicamente logro humano, pero si añadimos “por gracia”, la fe queda calificada como interacción entre el apremio divino y la respuesta humana.

Jaroslav Pelikan capta algo de este drama cuando escribe que la justificación apunta “a la ‘justicia’ por la cual el acusado, de pie ante el juez y ante la corte a cuya misericordia se entrega en completa confianza, es pronunciado inocente”.⁶⁸

Comparación de las Posiciones de los Reformadores Protestantes y la Iglesia Católica Romana

Grandes pensadores católicos como Agustín y Tomás de Aquino creían que por medio de la justificación el hombre era hecho éticamente recto en virtud del don o la infusión de la gracia divina. Dios, al hacernos justos por medio de su gracia, es capaz no solo de aceptarnos sino de santificarnos. De hecho, algunos dirán que es precisamente sobre la base de haber sido santificados por Dios que es posible que seamos justificados por Él.

Los reformadores protestantes clásicos, como Lutero y Calvino, vieron el peligro de esto pero, al reaccionar excesivamente, terminaron sosteniendo la posición de la justificación únicamente como imputación, o, según Lutero, como “justicia ajena”. En tal caso fue posible hacer que la justificación permaneciera como algo totalmente externo, sin que nada cambiara dentro del corazón humano al ser justificado.

La Perspectiva Relacional de la Justificación

Esta perspectiva relacional, declara Dunning, no implica una justicia previa que de alguna forma se convierte en la base de la nueva relación [esta es la posición católica romana], sino que es una realidad que se crea en la declaración de Dios, y con ella, de que el hombre de fe es justificado. La justificación es la proclamación de Dios de que una persona es justa, y es esa proclamación lo que la hace justa. De esta manera se evita, por un lado, la manera católica de justicia por obras, y por otro, el concepto reformado de una ficción legal.

Esto coincide con la famosa declaración de Wesley de que la justificación constituye “un cambio relativo” mientras que la santificación es “un cambio real”.⁶⁹

Segundo Aspecto de la Salvación: la Regeneración

Es aquella obra del Espíritu Santo por la cual experimentamos cambio de corazón; el recobro en el corazón de la imagen moral de Dios (Efe. 4:23-24).

1. Todos son pecadores por naturaleza y por práctica y no pueden restaurarse por si mismo a un estado de inocencia (Sal. 51:5-10; Jer. 13:23; 2 Cor. 5:17; Efe. 4:22-24; 1 Ped. 1:23; 1 Jn. 4:7; 5:4).
2. Dios es santo, y no puede ver a los inicuos con aprobación o delicia (Hab. 1:13; 1 Ped. 1:15-16).
3. El cielo es un lugar santo, y solo seres santos lo habitan (Sal. 24:3-4; Heb. 12:14)

4. Solo los regenerados podrán ser salvos (Mat. 18:3; Jn. 3:3, 7; Rom. 8:7-8; Gal. 6:15; Heb. 12:14).

Errores respecto a la regeneración:

1. Que es idéntica al bautismo con agua. Se refuta con los siguientes pasajes: (Hch. 13:38-39; 16:31; Rom. 5:1; 10:9; Efe. 2:8; 1 Jn. 5:10).
2. Que es un cambio del propósito predominante, efectuado por la voluntad humana.
Refutación: Gen. 5:3; 6:5; Job 14:4; Sal. 51:5; Isa. 1:5-6; Jer. 13:23; Jn. 3:5, 8).

Resumamos ahora los seis puntos de Wiley:

1. Fundamentalmente, la regeneración es un cambio moral logrado en los corazones humanos por medio de la agencia del Espíritu Santo. La regeneración es una “renovación espiritual” que toca toda faceta y elemento de los que son vivificados por el Espíritu Santo. La regeneración no destruye capacidad humana alguna que Dios haya dado, sino que infunde nueva vida espiritual.

2. La regeneración está estrechamente ligada al nuevo nacimiento, un nacimiento efectuado no por instrumentalidad humana sino por medio del Espíritu Santo. Wiley cree que no importa el medio que se use para traer un alma a Cristo, la obra en sí es hecha únicamente por la agencia directa y personal del Espíritu Santo. La gracia preveniente actúa en el creyente expectante e invita al Espíritu a hacer Su obra, pero la gracia regeneradora es enteramente del Espíritu.

3. Los calvinistas le asignan a la regeneración lo que los wesleyanos le atribuyen a la gracia preveniente. Los calvinistas alteran de esa manera la totalidad de la secuencia del ordo salutis. Los wesleyanos creen que la regeneración, la justificación y la adopción ocurren simultáneamente. Los wesleyanos ven la regeneración “como aquella obra del Espíritu por la que la gracia otorgada prevenientemente resulta en vida espiritual nueva para el alma individual.”

4. La regeneración, aunque ocurre a la misma vez que la justificación y la adopción, es distinta. La siguiente declaración sumaria de Wiley merece reflexión, puesto que define la justificación y la adopción como distintas a la regeneración: [La regeneración], aunque concomitante con la justificación y la adopción, se distingue de ellas.

La justificación es la obra de Dios en favor del perdón de nuestros pecados, a fin de que cambie Su relación con nosotros; la regeneración es la renovación de nuestra naturaleza caída por medio de una vida dada sobre las bases de esta nueva relación; la adopción es la restauración de los privilegios de hijos en virtud del nuevo nacimiento. La necesidad de la justificación se halla en el hecho de la culpa; la de la regeneración en el hecho de la depravación; y la de la adopción en la pérdida de los privilegios. El arminianismo sostiene que las tres, aunque distintas en naturaleza y perfectas en su clase, se reciben por un mismo acto de fe, lo cual, en consecuencia, las hace concomitantes en la experiencia personal.

5. Traer las almas regeneradas a la verdad y a la luz no se ha de separar del Espíritu Santo, sino que es, de hecho, la obra del Espíritu. Véase Santiago 1:18; Hechos 16:14; Efesios 6:17; 1 Pedro 1:23.

6. Wiley, siguiendo a Wesley, considera la regeneración como “la puerta de entrada a la santificación”, y establece la diferencia entre santificación inicial, a la cual pertenece la regeneración, y entera santificación. Contrastar la santificación inicial con la santificación completa puede dar la impresión de que la santificación inicial tiene poca o ninguna consecuencia en comparación con la entera santificación, como el aperitivo antes del plato principal. Wiley, sin embargo, considera que la regeneración “no es el rehacer una vida vieja sino el impartir una vida nueva. De aquí que, aunque la regeneración ‘quiebre el poder de los pecados cancelados y ponga al prisionero en libertad’, no destruye el ser interior del pecado original”.

La regeneración trata con las consecuencias de los actos pecaminosos y ofrece limpieza de la depravación adquirida, la depravación que es el resultado acumulativo de nuestros actos pecaminosos en el mundo. La depravación heredada, un legado de una raza humana caída procedente de Adán y Eva, demuestra que el pecado también es una condición o estado del corazón. La depravación heredada la purga la entera santificación.

Tercer aspecto de la salvación: la Adopción

Es el acto por el cual alguno recibe a otro en su familia, le reconoce por hijo, y le considera su heredero. Es la obra de la gracia gratuita de Dios por la cual, en el acto de ser justificados y renovados por la fe en Cristo, se nos recibe en la familia de Dios, se nos llama hijos y venimos a ser herederos de la herencia celestial (Efe. 1:3-14; 1 Ped. 1:2-5; Rom. 8:15-23; 9:4).

Como pecadores, hemos escogido egoístamente ir por nuestro propio camino, lo cual ha roto el vínculo que Dios había establecido con nosotros por medio de la creación. La realidad de la adopción consiste en que Dios nos acepta en su familia por medio de la sangre que Jesucristo derramó. La adopción es una metáfora de inclusión que señala el fin de las hostilidades.

La adopción se relaciona estrechamente con la regeneración, que es el nuevo nacimiento, y con la justificación, que es el ser declarado justo por Dios por causa de Jesucristo. En la teología nazarena, estas tres cosas suceden a la vez, y por lo regular se les llama a las tres juntas la santificación inicial.

La justificación se puede ver como algo principalmente objetivo, es decir, como algo que nos sucede “a” nosotros antes que “en” nosotros. Las ideas relacionadas del nuevo nacimiento y la adopción redondean y completan la realidad de la salvación.

Cuando una persona nace de nuevo, cuando es hecha nueva y limpia ante los ojos de Dios, deseará naturalmente que se le incluya de nuevo en la familia de Dios. La adopción es la palabra que habla de nuestra pertenencia a la familia de Dios.

Todos hemos pecado, y por eso estamos lejos de Dios. Pero él nos ama mucho y nos declara inocentes sin pedirnos nada a cambio. Por medio de Jesús nos ha librado del castigo que merecían nuestros pecados. Romanos 3:23-24 (BLS)

Pensemos en lo que le pasó a Abraham, nuestro antepasado. Si Dios lo hubiera aceptado por todo lo que hizo, entonces podría sentirse orgulloso ante nosotros. Pero ante Dios no podía sentirse orgulloso de nada. La Biblia dice: “Dios aceptó a Abraham porque Abraham confió en Dios”. Ahora bien, el dinero que se le paga a alguien por un trabajo no es ningún regalo, sino algo que se le debe. En cambio, Dios declara inocente al pecador, aunque el pecador no haya hecho nada para merecerlo, porque Dios le toma en cuenta su confianza en él (Romanos 4:1-5).

Dios nos ha aceptado porque confiamos en él. Esto lo hizo posible nuestro Señor Jesucristo. Por eso ahora vivimos en paz con Dios (Romanos 5:1).

El Testimonio del Espíritu

Es el privilegio y el derecho de todo hijo adoptivo tener cierto conocimiento de ésta su nueva relación con Dios, como la base única de la verdad, la paz, la esperanza y consuelo (Isa. 26:3; 32:17-18; Sal. 119:165; Rom. 5:1-5; Fil. 4:7; 1 Tes. 1:4-5; 1 Ped. 1:2-9; 1 Jn. 2:20, 27). Esta bendición consiste en el testimonio del Espíritu Santo al espíritu de los creyentes de que son hijos aceptados de Dios (1 Jn. 5:10), se llama espíritu de adopción (Rom. 8:15-16); prenda, arras y sello del Espíritu (2 Cor. 1:22; 5:5; Efe. 1:13-14; 4:30). Y plena certidumbre de fe (Col. 2:2; 1 Tes. 1:5; Heb. 6:11; 10:22). Este testimonio del Espíritu es completamente diferente al fruto del Espíritu en Gálatas 5:22-23. Estas arras y sello del Espíritu implican certeza absoluta de nuestra salvación actual (Isa. 63:10; Efe. 4:30; Heb. 3:7-19; 6:4-6; 10:26-29; 2 Ped. 2:20).

La Conversión

Este término describe la parte humana del cambio que se llama regeneración por cuyo medio se introduce el pecador en el reino de los cielos (Mat. 18:3). En un sentido más alto, la conversión es el cambio de los pensamientos, deseos, disposiciones y vida del pecador que se efectúa cuando se renueva por el Espíritu Santo como resultado de abandonar el pecado y volver a Dios por la fe en Jesucristo (Eze. 18:21-23; Hch. 9:35; 11:21; 15:3, 19; 26:20; 1 Tes. 1:9).

Teología de la resurrección

Es obvio que la ponderación del significado de la resurrección deberá incluir la evidencia física que los evangelios tanto se esfuerzan en reportar. Esta evidencia sencillamente no se puede ignorar o soslayar. Consideremos la tumba vacía, la piedra removida, los guardias sobresaltados, los lienzos, la aparición de ángeles, la señal de los clavos en el Cristo resucitado, y los numerosos testigos. La resurrección requiere una síntesis más cuidadosa de lo físico y lo espiritual que quizá cualquier otro asunto de nuestro testimonio cristiano.

En la teología, la resurrección es un evento centralizador, lo que Karl Barth llama el evento “verificador”. En uno u otro grado, pensaba Barth, la resurrección de Jesucristo es, para todo el efecto, la respuesta a todas las preguntas teológicas. Unifica y corrobora asuntos medulares como el nacimiento virginal, las dos naturalezas de Jesucristo, su ministerio de enseñanza, la expiación que proveyó, su oficio mediador, y su retorno.

La resurrección es quizá la más abarcadora y la más amplia de todas las enseñanzas cristianas. La resurrección de Jesucristo—un evento trinitario llevado a cabo por Dios el Padre, que resucita a Dios el Hijo, en el poder de Dios el Espíritu Santo—es un suceso único y a la vez representativo. Es único porque solo Jesucristo es el Hijo resucitado de Dios. Es representativo porque la resurrección de Jesucristo es la promesa de Dios de que los que siguen el sendero de la cruz también resucitarán. Estamos completamente de acuerdo con este sabio análisis de Rob Staples: “La resurrección es una descripción confiable de nuestro futuro porque ya ha sucedido

en la historia. La resurrección de Cristo es el evento central del Nuevo Testamento, el cual dio a luz la fe cristiana”.

Esperanza de Una Redención Cósmica

La esperanza de la resurrección, y así lo ve correctamente Staples, mantiene la promesa de que todos y cada uno de los que creen en Jesucristo resucitarán en el día postrero. La resurrección también mantiene la esperanza de progreso para el mundo entero. El que el domingo de resurrección se celebre conjuntamente con la renovación de la tierra en la primavera del hemisferio norte podría ser un buen augurio para la creación entera. La resurrección es un asunto individual y personal, pero su importancia la hace también un asunto cósmico y universal.

Firmes en la Verdad de la Resurrección

Un sondeo informal hecho a un par de docenas de transeúntes en cualquier calle de la ciudad posiblemente arrojará una amplia variedad de opiniones representativas acerca de la resurrección de Jesucristo y, por implicación, acerca de la esperanza de una futura resurrección personal. Las opiniones irán desde la crasa negación hasta la más firme afirmación. Kenneth Grider divide estas posibles opiniones en tres categorías principales.

Negación de la Historicidad de la Resurrección

Bajo esta categoría Grider coloca a luminare tales como Friedrich Schleiermacher, del siglo 19, y a Rudolph Bultmann, del siglo 20. En el caso de Schleiermacher, su visión de mundo, la cual dudaba de lo milagroso, no podía dar espacio a una resurrección física. Schleiermacher creía que cualquiera fuera la ayuda teológica, religiosa y de devoción que la resurrección impartiera, la misma podía darse internamente en el corazón. La prueba externa era no solo imposible sino probablemente innecesaria. Se podría decir que Schleiermacher interiorizó y hasta hizo romántica la resurrección.

Algo parecido se puede decir de Bultmann. Fue quien condujo la famosa indagación acerca de la pertinencia de la resurrección para el “hombre moderno”. Cuestionó abiertamente que un acontecimiento tal, ocurrido durante una época precientífica, antes de que los instrumentos modernos de investigación se pudieran aplicar, fuera necesario para la fe cristiana. Lo que importaba para Bultmann era la vida transformada de los discípulos, cuyo testimonio debería transformar la vida de los que le presten atención desde la ventajosa perspectiva del siglo 20.

Bultmann está en lo correcto al destacar el alto llamado a la entrega en el cristiano, ¿pero una entrega a qué? Su pasión existencial y su idealismo se derrumbarán si no se reconoce a profundidad el poder de Dios el Padre que resucita a Jesucristo por medio del Espíritu. El llamado de Bultmann a la fe queda pronto limitado a la fe en la fe, a una fe que valida su propio reclamo. Esta clase de fe no se puede sostener a sí misma por mucho tiempo.

La Resurrección Fue Sólo Algo Espiritual

Grider discute bajo esta categoría a Emil Brunner, la figura neoortodoxa que consideraba la resurrección como un evento únicamente espiritual. Brunner opinaba que el evangelista Lucas creía en una resurrección física, por presentar al Jesús resucitado comiendo pescado. Pablo, por el contrario, solo conocía la resurrección espiritual, y Brunner prefiere mejor a Pablo que a Lucas. Brunner no minimiza en nada la resurrección para la fe cristiana, sino que la transporta una tonalidad más arriba, la de lo espiritual. Grider apunta que “para Brunner, la resurrección es real, significativa y fundamental para la fe cristiana—lo único es que no sucedió en el plano de la historia ordinaria”.

Resurrección en el Tiempo y el Espacio

Grider explora aquí algo de la evidencia del Nuevo Testamento que apoya la afirmación tradicional de una resurrección real y no únicamente espiritual:

- El testimonio apostólico, el cual estima la resurrección como un hecho que forja la vida de uno, y no una teoría sujeta a especulación indefinida: “A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos” (Hechos 2:32).
- Los detalles de las apariciones posteriores a la resurrección registradas en los evangelios, como el de Jesús comiendo (Luc 24:41-43). A la misma vez se debe recalcar que lo “físico” de la resurrección es distinto a toda otra cosa “física”. El Cristo resucitado se hizo patente a los dos discípulos camino a Emaús, pero desapareció de su vista mientras partían el pan (Luc 24:30-32).

La resurrección es quizá la más abarcadora y la más amplia de todas las enseñanzas cristianas. La resurrección de Jesucristo—un evento trinitario llevado a cabo por Dios el Padre, que resucita a Dios el Hijo, en el poder de Dios el Espíritu Santo—es un suceso único y a la vez representativo. Es único porque solo Jesucristo es el Hijo resucitado de Dios. Es representativo porque la resurrección de Jesucristo es la promesa de Dios de que los que siguen el sendero de la cruz también resucitarán. Estamos completamente de acuerdo con este sabio análisis de Rob Staples: “La resurrección es una descripción confiable de nuestro futuro porque ya ha sucedido en la historia. La resurrección de Cristo es el evento central del Nuevo Testamento, el cual dio a luz la fe cristiana”.

La resurrección también mantiene la esperanza de progreso para el mundo entero. El que el domingo de resurrección se celebre conjuntamente con la renovación de la tierra en la primavera del hemisferio norte, podría ser un buen augurio para la creación entera. La resurrección es un asunto individual y personal, pero su importancia la hace también un asunto cósmico y universal.

La Resurrección a la Luz de la Trinidad

Grider nos ayuda al poner de relieve el cuadro trinitario de la resurrección, al cual pertenece: La enseñanza neotestamentaria de que Dios el Padre levantó a Jesús de entre los muertos es algo de considerable importancia. En un sentido indica que Dios el Padre, el miembro eternamente no originado de la Trinidad, y no eternamente engendrado como es el Hijo, y no eternamente procedente como es el Espíritu, es Aquel que es “todo en todo”, el que quiere nuestra redención, estructura su medio, y finalmente la concede.

La resurrección en voz pasiva también quiere decir que existe algo significativamente común entre la concepción virginal como la manera de Cristo entrar al mundo, y la resurrección

como la manera de dejarlo. En ambos casos se actuó en Cristo, la segunda persona de la Trinidad, por parte de otra persona de la Trinidad—en el caso de la concepción virginal, por parte del Espíritu Santo; en el caso de la resurrección, por parte de Dios el Padre. Las tres personas de la Trinidad laboran juntas en armonía para proveer y conceder nuestra redención.

La resurrección en voz pasiva también significa que, si Cristo mismo era a tal punto dependiente del Padre, ciertamente nosotros los humanos lo seremos aún más.

Segunda obra instantánea de gracia: La Santificación

Esta obra de gracia es obrada instantáneamente. Muchos cristianos creen por la necesidad de santidad del corazón. Aunque hay una variedad de opiniones en cuanto a cuándo y cómo esta obra es recibida. Algunos discuten que la persona es santificada completamente en el acto de y tiempo de la conversión. Otros, sin embargo, dicen que es imposible obtener tal experiencia en este mundo, sino que es un acto que Dios hará en el corazón de la persona durante el momento de la muerte.

Otros creen que es solamente recibida después de la muerte en un lugar llamado el purgatorio, donde las almas serán purificadas y hechas hábiles para la entrada al cielo. Un gran grupo creen que la santidad es adquirida en esta vida sin embargo es progresiva. Eso quiere decir que un cristiano diligente puede crecer cada día, obteniendo un cierto grado de santidad, sin llegar a ser perfecto. Creemos que todas estas posiciones son inadecuadas y ninguna de ellas pueden ser probadas bíblicamente.

La Biblia enseña que la santificación es una obra instantánea e inmediata y que es una experiencia para ser regocijada en esta vida. Además, nos enseña que no solamente es posible una persona puede ser santificada en esta vida, sino que es indispensable para la salvación presente y final. La santificación es una obra instantánea obrada por el poder del Espíritu Santo en la vida justificada de una persona donde el corazón es purificado de la corrupción de la naturaleza pecaminosa y viene el Espíritu Santo a morar en tal vida. Pues la Biblia dice: Y el que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió es Dios, el cual también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones (2 Corintios 1:21-22). “En El, también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa.”

Juan Wesley le escribió a su hermano Carlos, insiste en todo lugar sobre la redención completa recibida ahora solamente por la fe, enfatiza la bendición instantánea.

En Gálatas 5:24 la santificación está asociada con la idea de la muerte: Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. No importa cuánto tiempo este una persona en un estado de coma físicamente, cuando el muere es un evento instantáneo. Los que buscan la santidad, la reciben en un tiempo corto; otros necesitan meses y hasta años para recibirla. Esos retrasos no son causados por que Dios no quiere bendecir sino por el resultado de una deficiencia espiritual en la vida de una persona. Puede ser que su consagración no está completa, o puede ser que su fe no es lo suficiente fuerte, y necesitamos distinguir entre lo que llamamos un estado de coma, eso quiere decir el estado cuando un individuo comienza a buscar la santidad y la obra de gracia en respuesta a su búsqueda y el acto mismo de santificación.

No importa cuánto tiempo un creyente pueda buscar, cuando Dios lo santifica, Él lo santifica instantáneamente. Cuando la persona ha sido santificada enteramente, eso no es el final,

al contrario, es el comienzo de la vida de santidad, donde el tendrá espacio para crecer y madurar en su vida cristiana. Santidad es una vida para ser vivida como también una experiencia para ser adquirida. No podemos esperar de una persona quien recientemente ha sido santificada tener el mismo progreso y madurez como de una persona quien ha caminado por 30 o 40 años en la experiencia de santidad.

Sin embargo, ambos han sido santificados por el Espíritu Santo, el corazón de uno esta tan purificado como el corazón del otro. Cuando el pueblo de Israel cruzó el Jordán, no fue el final de la experiencia en Canaán. Ellos tenían retos en los años venideros y aún más importante, eventos tomaron lugar durante la conquista de la tierra. Ellos tenían que pelear contra gigantes. Pero ellos tenían la seguridad de que Dios iba con ellos. A la manera que ellos seguían a Dios, Israel prevalecía. Esto es también el secreto de la victoria y crecimiento en la experiencia de santificación.

Por anos la Iglesia del Nazareno ha advertido e insistido que los pastores, lideres, miembros y las iglesias busquen esta experiencia de la entera santificación como una experiencia de comienzo vital y crecimiento en gracia, siendo distintiva en comparación con cualquier otra enseñanza que enfatizan la santificación como una meta final en si misma o como un punto de llegada y logro final. Un cristiano maduro no va en busca de la gracia, sino que usa toda la gracia que Dios le ha dado para crecer en ella misma.

El Dr. Samuel Young escribió: "Es una noción mal entendida y no tiene formulación in la Palabra de Dios el de sugerir que la entera santificación marca el fin del progreso de la vida espiritual y excluye cualquier mejoría en futuro. "Pedro exhorta a los cristianos a crecer en la gracia, y en el conocimiento de nuestro Salvador Jesucristo." (2 Pedro 3: 18).

J. A. Wood escribió: "Santificación es más que una negación al pecado; tiene un lado positivo ilimitado en el cual la vida moral saludable promueve el crecimiento, fortaleza y expansión.

C. W. Ruth declaro: Ninguna experiencia, sin embargo, gloriosa, debiera ser considerada como una finalidad. Mientras que es imposible crecer hacia la santificación, no hay limitación, sin fin, sin límites, sin fronteras para el crecimiento en gracia después de ser santificados. Ciertamente, santificación es el antecedente necesario para el crecimiento en gracia.

El Dr. W. T. Purkiser dice: Entera santificación no es el fin, es realmente el comienzo. No es el terminal; es el punto de partida. La indicación más segura que alguien puede haber fallado el significado correcto de la santidad cristiana es la actitud de "llegada" de la complacencia y la autosatisfacción. santificación es el comienzo de una vida que toma toda la vida para el crecimiento. Es cierto que la obra santificadora de Dios es completa en un momento en el tiempo, pero la nuestra no es. Para el lado humano, el lado de la santidad significa que no es solamente una consagración antes del limpiamiento, sino que es una comisión que sigue después.

¿No creen ustedes que nuestra influencia como cristianos seria limitada si la santificación fuera un fin de la experiencia cristiana? Algunos han pensado de Canaán como una figura del cielo, pero esto no es cierto, porque el cielo es un lugar de descanso, donde no hay batallas, ni guerras, ni dificultades; es un lugar donde estaremos para siempre en la presencia de nuestro Señor. Vamos a cruzar el Jordán espiritual y vamos a vivir vidas de santidad. Es cierto que enfrentaremos muchos gigantes para pelear y muchos enemigos que destruir, pero somos animados que nuestro Dios está a nuestro lado. La victoria será nuestra, y la gloria será para Dios y la bendición para aquellos que están a nuestro alrededor.

Uno de los aspectos más importante de la experiencia de la entera santificación es que esta presentada en la Biblia como una segunda obra de gracia. Esto es simple para comprender

por muchos creyentes sinceros; aunque es dificultoso para otros. Mucha gente acepta la santidad como una obra divina, pero no como una segunda experiencia reservada solamente para los creyentes que han sido regenerados por la sangre de Cristo Jesús. Algunos la aceptan como impartida a los pecadores en la experiencia de regeneración. Pero esto no es posible, por las siguientes razones:

En primer lugar, la necesidad de una segunda obra de gracia resulta de la naturaleza del pecado en si mismo. El pecado es dual, consiste de los pecados actuales cometidos voluntariamente por un individuo por la que él es responsable y por la contaminación interna o el principio del pecado por el cual él ha sido heredado y el individuo no es responsable de el. Para el primer lado del pecado, este necesita ser perdonado en la primera obra de gracia; pero para el heredado, este necesita ser limpiado por la segunda obra de gracia. Por consiguiente, un corazón que no ha sido perdonado no necesita una limpieza de corazón.

Debe notarse también, cuando el pecador viene a Cristo, el viene cargado por sus propios pecados; viene en busca de arrepentimiento y viene bajo una convicción profunda de sus pecados cometidos. Él puede, debería derramar lágrimas de arrepentimiento. Su corazón y mente están concernientes por solamente una cosa, de tener los pecados del pasado todos perdonados y tener el peso de la culpa quitada. La experiencia de la santidad no es su interés inmediato. Si él no ha sido enseñado acerca de la segunda bendición, la gloriosa experiencia que ahora tiene, el alivio de tener el peso del pecado removido, con una emoción producida por el evento sublime que es completamente de satisfacción. Él no puede imaginar que hay algo mejor que la experiencia de conversión. La primera obra de gracia sin embargo es una obra completa.

El sentido de necesidad para la segunda obra de gracia viene a una persona muy pronto o tal vez muy lento, dependiendo en su trasfondo, enseñanza y experiencia. El pudiera estar instruido ya en esta forma. El pudiera ser guiado a buscar la experiencia a través del estudio de las Escrituras, o a través de los testimonios de las personas que ya han sido santificadas. Al mismo tiempo un sentido de una necesidad personal comienza a desarrollarse, un deseo por una experiencia que le ayudara a vivir una vida cristiana victoriosa. Cuando esta necesidad aumenta al grado de ser una petición hecha a Dios, entonces el individuo comienza a buscar la experiencia de la entera santificación.

Entonces, también la Biblia presenta claramente ambas experiencias. Mientras más las estudiamos, bajo la dirección del Espíritu Santo y a través de la oración, más claramente las veremos hacerse realidad en nuestras vidas. Las dos experiencias son tan diferentes que se podrán ver algunas veces paradas en extremos opuestos.

La regeneración es un nacimiento como esta narrado en la conversación de Jesús con Nicodemo en Juan 3:3 “Ciertamente te digo a ti, a menos que una persona no nazca de nuevo, podrá ver el reino de Dios.” Además, el Apóstol Pablo en 2 Cor. 5:17 lo declaró, “De modo que si alguna persona está en Cristo, es hecha nueva criatura”. De acuerdo, a estos pasajes la persona que ha sido salva ha nacido de nuevo espiritualmente y comienza una vida nueva en Cristo. El es un nuevo hijo/a de Dios por adopción y ha venido a ser parte de la familia de Dios redimida por la sangre de Cristo Jesús.

¿Dónde comienza la vida espiritual de una persona? ¿Con la vida o con la muerte? Primero pasa de muerte a vida y luego tiene que morir para poder vivir y agradar a Dios espiritualmente. La podemos poner de la siguiente manera: En la regeneración hay vida y en la santificación hay muerte. La experiencia de la entera santificación, en un sentido, es muerte. Sabiendo que el viejo hombre ha muerto, ha sido crucificado, para que el cuerpo del pecado sea

destruido y ya no sirvamos más al pecado (Romanos 6:6). Y en Gálatas 2:20 dice: “Con Cristo estoy juntamente crucificado y ya no vivo yo más Cristo viven en mí...”

La historia de la iglesia del Nuevo Testamento confirma que la entera santificación es una segunda obra de gracia. Todos los cristianos de todas las generaciones han estado de acuerdo que algo tremendo y maravilloso sucedió a los discípulos entre el tiempo cuando Cristo fue crucificado y el tiempo cuando Pedro predicó con valor a la multitud en el día del Pentecostés. Este cambio asombroso puede ser acreditado solamente a la transformación de un corazón y llenura del Espíritu Santo en el día del Pentecostés. Evidenciando así, una nueva experiencia espiritual.

Otro ejemplo clásico de esta experiencia como la segunda obra de gracia es encontrada cuando Pablo escribiendo a los Tesalonicenses a un grupo de creyentes que habían sido convertidos estaban creciendo y abundando en un regocijo contagioso. Sin embargo, Pablo, sintiendo que algo faltaba en sus vidas espirituales, oro por ellos de esta manera: Y el mismo Dios de paz os santifique por completo (1 Tesalonicenses 5:23).

A través de la historia de la iglesia cristiana, cristianos han testificado una y otra vez de esta segunda obra de gracia. Muchos en nuestros días, se han levantado para testificar de esta experiencia. El Dr. Samuel Young que después de una lucha de desconfianza para confiar en el juicio de Dios y el plan para su vida, él vino a realizar donde la vida vieja había terminado y donde la nueva comenzó y donde una fe simple en la voluntad de Dios comenzó a ser un deleite en vez de ser temor. El resultado de una vida de santidad es ahora una vida de resplandor.

El Dr. J. B. Chapman testificó que él había sido santificado en el mismo campamento de santidad donde él había sido convertido a la edad de 15 años. El Dr. Chapman confesó que no fue solamente la predicación clara y simple de la santidad que lo ganó a él, sino una banda de gentes felices que reforzaban que sus vidas atestiguaban de esa experiencia. Estas son razones lógicas, escriturales y experienciales en la cual apoyan nuestra posición que hay una segunda obra de gracia para que todos los cristianos se puedan regocijar.

La necesidad para ser enteramente santificados

La entera santificación no es una experiencia de ornamentos ni de lujo, ni psicodélica que una persona busca en poseer tener una religión alta sofisticada. La santificación viene en respuesta a una necesidad espiritual. El Dr. Samuel Young dice que antes de que una persona tenga el deseo y esté listo a lo largo de lo requerido para obtener la bendición de un corazón santo, es generalmente usual para el sentir y percibir su necesidad por Dios en términos desesperantes. Esta convicción para la santidad es más frecuentemente una convicción de querer en vez de ser admisión por sus actos erróneos. Casi siempre, ella va acompañada por un conflicto profundo. Pero en cada caso la respuesta debe ser a una respuesta de fe obediente.

La entera santificación es una necesidad una persona regenerada. El corazón del creyente necesita una experiencia de santidad si él ha de vivir una vida victoriosa. Vemos muchos individuos que van al altar buscando por el perdón de sus pecados. Ellos testifican del gozo de haber sido salvos. Los vemos caminar por un periodo de tiempo en la luz del evangelio. Ellos vienen a la iglesia cada domingo, leen la Biblia, y oran. Pero, la mayoría de las ocasiones los vemos perder la batalla espiritual. Aun después que una persona ha sido salva de sus pecados, la raíz del pecado queda en su corazón y luego él descubre que esa raíz empieza a trabajar y crecer en su corazón. Luego él comienza a experimentar lo que dice Pablo a los Romanos, “Porque

según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros (Romanos 7:22-23).

Por cierto, esto no significa que todas las personas que no buscan la santificación van a caer y regresar al pecado. Pero si Podemos decir por cierto que sus vidas no serán todo lo que Dios quiere de ellos. Ellos vivirán vidas carnales e ineficientes, y tendrán vidas cristianas limitadas.

Muchos creyentes viven en un nivel confortable espiritual con luchas cuando ellos pueden vivir una vida abundante y felices que los puede llevar a ser de bendición a otros. Ellos nunca tienen un testimonio de una experiencia de victoria. En vez, ellos hablan solamente de sus problemas y dificultades y esto no bendice a nadie alrededor de ellos. Es cierto que ninguno de nosotros seremos completamente libres de las cargas y obstáculos, pero si el Espíritu Santo vive en nuestro corazón, allí habrá paz y victoria espiritual. Ahí dentro, hay una fuente de gozo no un centro de lucha espiritual. Por eso, la persona no santificada, desea una experiencia de santidad, que satisface y da una vida real de gozo y bendición.

La entera santificación es una necesidad para el hogar cristiano. El hogar cristiano también necesita la influencia de personas que viven en la belleza de la experiencia de la entera santificación. El hogar no es siempre el lugar más fácil para vivir la vida cristiana. Aquí es donde la mayoría de las personas nos conocen tal como somos. Cuán difícil es guardar la calma donde hay actitudes de miembros que no son salvos o santificados. Como también es dificultoso guardar un buen espíritu cuando los problemas y mal-entendimientos tienden a quebrar la paz en el hogar, aun cuando todos los miembros son cristianos.

Donde muchos cristianos fallan no es en la iglesia, o el trabajo, no a la vista del público sino en la casa. La presencia del Espíritu Santo en el hogar puede hacerlo como un pedacito de cielo en la tierra. La falta del Espíritu Santo puede verse este lugar como un infierno en llamas. La santidad es la única cosa que nos garantiza tener hogares cristianos felices. La Biblia nos insta a buscar la santidad para nuestros hogares. En el Salmo 93:5 dice, “la santidad conviene a tu casa”.

La entera santificación es una necesidad para la iglesia. La iglesia, si va a ser todo lo que Dios quiere que ella sea, entonces necesita tener la influencia de personas santificadas en su membresía. La iglesia es como una familia. A menos, que las personas que son parte de ella, estén viviendo vidas llenas bajo la influencia del Espíritu Santo, los problemas comunes de una congregación pueden arruinar completamente a la iglesia.

Cuántas iglesias han sido divididas, por la carnalidad de los miembros de la iglesia. Pablo escribiéndole a los Corintios les menciona de algunos problemas que había entre ellos, que eran de naturaleza y de actitudes de personas no santificadas. Como por ejemplo vea, 1 Corintios 3:1-3, “De manera que yo, hermanos, no pude hablarlos como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, y no vianda; porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía; porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres?”

Muchos de los problemas de una iglesia local originan en los corazones carnales de sus miembros. El Dr. A. F. Harper dice que, “donde hay amor perfecto, muchos cristianos pueden tener muchas diferencias dentro de una iglesia unida. Pero donde el Espíritu Santo santificador no ha santificado los corazones con amor, congregaciones pueden chismear, discutir y dividir la iglesia por cuestión aun de decidir de qué color van a pintar la iglesia.

La santidad de corazón es la única cosa que puede garantizar la vida cristiana victoriosa y un hogar feliz, y una iglesia altamente espiritual.

Teología de la santidad como separación

Algunos dicen que santificación es más que consagración. Pero esto es solamente un aspecto de la santidad. El significado original de la palabra santificación en el Antiguo Testamento era el de separación o sacar aparte para un uso sagrado y especial para el servicio a Dios. Esa es la razón por la cual, según el Antiguo Testamento, este término fue relacionado con una ceremonia o ritual religioso de consagración de una persona o cosa.

En la Biblia encontramos que la palabra “santo” es aplicado a los ministros, sacerdotes, profetas y apóstoles de Dios; eso a personas quienes eran apartados de las tareas seculares y han sido consagrados para un servicio exclusivo para Dios. La Biblia dice, “y vosotros me sereis un reino de sacerdotes y gente santa. Estas son las palabras que dirás a los hijos de Israel (Éxodo 19:6). “Porque tu eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que en sobre la tierra” (Deut. 7:6).

En esos versículos Dios está hablando a la gente de Israel por medio de Moisés antes de que ellos recibieran la ley en el monte Sinaí. Moisés les dice que ellos son los que Dios ha apartado como sacerdotes quienes le servirían a El. Ellos serian una nación, gente, unida bajo la ley que El les daría. Ellos habían sido separados de las otras naciones en la tierra para ser el pueblo escogido de Dios. Ellos deberían ser una nación santa, separada de toda clase de pecado e idolatría característico del pueblo pagano.

En Juan 17:17 Cristo ora por los discípulos y dice: “santificalos en tu verdad, tu palabra es verdad. Adam Clarke, refiriéndose a estas palabras dice: Esta palabra, “santificación” tiene dos significados. Primero, significa una consagración, separar de la tierra y del uso común a un servicio devoto y santo para Dios. Segundo, también significa hacer santo, o puro. La oración de Cristo puede ser entendida en ambos sentidos. El oro primero, para que los discípulos fueran consagrados al trabajo ministerial y separados del mundo; y segundo, para que ellos fueran santos y patrones de toda santidad a aquellos a quienes se les predicara el mensaje de salvación de Dios.

En ciertas instancias, el pueblo de Israel era llamado, un pueblo santo, una nación santa, significando que ellos eran el pueblo escogido de Dios y apartado para El. En el mismo sentido, en el Nuevo Testamento los cristianos son llamados santos, refiriéndose a ellos colectivamente. Como lo vemos en 1 Pedro 2:9 que dice: Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamo de las tinieblas a su luz admirable.” Todos estos títulos han sido dados anteriormente en el Antiguo Testamento, pero solo con referencia al pueblo judío. Ahora, en la dispensación del evangelio, el pueblo escogido de Dios y separado consistía de todos los creyentes quienes creían en Cristo, Judíos o Gentiles, que han sido lavados y regenerados, y santificados por la sangre del Cordero. Estos son los santos quienes regularmente son mencionados en las cartas apostólicas.

Además, encontramos en el Antiguo Testamento que el termino santo, es aplicado a cosas como a gentes. Todo lo que le pertenece a Dios en una forma especial, como el templo, sus varias partes, el mobiliario, y utensilios (Mateo 4:5; Éxodo 29:33; Mateo 23:17; 2 Timoteo 2:21). El primer versículo se refiere a la ciudad santa, Jerusalén; el segundo versículo a las carnes de los carneros, que era sacrificado a Dios y que era santo. El tercero se refiere al oro, que era

presentado como una ofrenda en el templo, en el cual lo santificaba. El ultimo versículo se refiere a una persona quien se consagra a si mismo para el servicio del Señor. La idea de separación es bien clara en estos versículos.

También encontramos que la palabra santo, es aplicado al día sábado como un día apartado para Dios (ver Éxodo 20:8). Cuando Moisés dijo que Dios había hecho el día sábado santo, significaba que Él lo había apartado, con tal de que el pueblo de Israel lo usara solamente para adoración y servicio religioso. En la misma manera, como hijos de Dios, son un pueblo separado; separado de las cosas pecaminosas de este mundo y separado para Dios y su servicio.

Teología de la santidad como purificación

Santidad también significa purificación o limpiamiento y es en este sentido en el cual es aplicado a la obra de la entera santificación. Es donde Dios hace el corazón del hombre completamente santo y puro de lo corrupto y manchado por el pecado original. Es una obra instantánea de la divina gracia de un corazón justificado.

El manual de la Iglesia del Nazareno claramente menciona el doble aspecto de la doctrina de la santidad. La entera santificación es aquel acto de Dios subsecuente a la regeneración, por el cual el creyente ha sido libre del pecado original o depravación, y traído a un estado de entera devoción a Dios, y de una obediencia santa de amor hecho perfecto. Es bautizado por el Espíritu Santo y comprende en una experiencia de limpiamiento del corazón de pecado y de la residencia de la presencia del Espíritu Santo, dando poder al creyente en la vida y el servicio.

El Dr. H. Orton Wiley dice: Mientras que el significado primordial de la palabra santo es el de estar apartado o separación, esto en el Nuevo Testamento toma un significado más profundo de limpiamiento de todo pecado. Wiley también dice que el resultado de la primera marca es la purificación del corazón del pecado heredado. Pedro refiriéndose a lo que paso en la casa de Cornelio dijo que Dios no hizo ninguna diferencia entre nosotros y ellos, purificando por la fe los corazones (Hechos 15:9). Wiley dice: Desde que esta declaración fue hecha acerca de 18 años después del pentecostés, es evidente que Pedro estaba interesado por el asunto de la purificación del corazón como un factor importante e interno de la obra de la entera santificación.

Ninguna doctrina Escritural y experiencia puede sobre pasarla. Esto es fundamental. Adam Clarke define santidad como el limpiamiento de la sangre que no ha sido limpiado. Es el lavamiento del alma de un verdadero creyente del residuo del pecado. El Dr. Edward F. Walker definió la santificación como un limpiamiento personal del pecado, como orden de toda la vida. El Dr. John W. Goodwin la definió como una obra de gracia divina, purificando el corazón del creyente de la presencia del pecado.

En el Nuevo Testamento somos llamados a una vida de santidad o purificación. Veamos los siguientes pasajes escriturales: Pues la voluntad de Dios es vuestra santificación; que os apartéis de fornicación. Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación. Seguid la paz con todos y la santidad, sin la cual nadie vera al Señor (1 Tesalonicenses 4:3,7; Hebreos 12:14). La exhortación constante del Apóstol Pablo es sobre la santidad. El contraste a este pasaje está lo impuro y sucio, que esta en el mundo con la pureza que todo cristiano esta llamado. En Hebreos el pasaje enfático es que el corazón sea santo, esto es un requisito para la entrada al cielo. Es lógico que un Dios santo, que habita en un lugar santo, requiera que todo

aquel que quiera ir y estar ahí deba también ser santo y puro. Nada impuro o sucio entrara en el reino de Dios.

Adam Clarke dice que el autor se refiere a una vida de santificación continua, esa vida de pureza y separada del mundo y de sus deseos, por la cual sin esa separación o santidad nadie verá al Señor. El Apóstol Juan dice: Pero si andamos en la luz, como El está en la luz tenemos comunión el uno con el otro, y la sangre de Jesucristo su hijo nos limpia de todo pecado (I Juan 1:7). En otras palabras, esta es una experiencia continua de limpiamiento proveyendo una relación cercana con Dios. Esto quiere decir que estamos en un estado de alistamiento constante para encontrarnos con Dios.

Términos intercambiables para la santificación

1) Santidad

La palabra hebrea que traducimos en santidad es qodesh, la que, con sus cognadas aparece más de 830 veces en el Antiguo Testamento. Los eruditos encuentran tres significados fundamentales en qodesh:

- (1) Frecuentemente connota la idea de “irrumper con esplendor”. Así, un erudito escribe: “No hay una distinción clara entre santidad y gloria.”
- (2) La palabra también expresa una cortada, una separación, una elevación.
- (3) Es probable que qodesh haya venido de dos raíces, una de las cuales significa “nuevo”, “fresco”, “puro”. La santidad significa pureza, ceremonial o moral. La pureza y la santidad son, prácticamente, sinónimas.

Como Dios, el Señor refulge con una gloria peculiar a Sí mismo. Él se manifestó en la zarza ardiente, en la columna de fuego, y en el Sinaí rodeado de humo. Refiriéndose al tabernáculo, Dios dijo: “El lugar será santificado con mi gloria” (Éx. 29:43). En cuanto al culto declaró: “En los que a mí se acercan me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado” (Lv. 10:3). La narración de la majestuosa visión de Isaías dice: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria” (Ls. 6:3).

Como Dios, el Señor está separado, aparte, de toda la creación. La santidad es la naturaleza misma de lo divino, de lo que caracteriza a Dios como Dios, y de lo que motiva la adoración del hombre. Dios es el “Completamente Otro”, y se levanta enteramente aparte de todos los demás dioses, los que por cierto son imaginarios. “No hay santo como Jehová; porque no hay ninguno fuera de ti” (1 S. 2:2). La santidad de Dios significa su diferencia, su carácter único como Creador, Señor y Redentor. “Solamente Aquel que puede decir: ‘Yo soy el Señor, y aparte de mí no hay salvador alguno’ puede ser ‘el Santo de Israel’.” Sin embargo, su trascendencia, o su separación no significan que sea remoto. “Dios fue trascendente desde el principio puesto que era diferente del hombre, pero no era trascendente en el sentido de que fuese remoto del hombre. Dios soy, y no hombre, el Santo en medio de ti, Oseas 11:9... La trascendencia no significa que sea remoto. Significa “lo otro.”

Como Dios, el Señor es pureza sublime. Es imposible que el Santo tolere el pecado. En Génesis lo vemos preocupado por la mala imaginación, los designios de los pensamientos de la humanidad (Gn. 6:1-6). La santidad de Dios es trastornada por la perversidad crónica del corazón del hombre (Jer. 3:17,21; 17:9-10). Los ojos divinos son demasiado limpios “para ver el mal” (Hab. 1:13). Recordemos que cuando el profeta Isaías captó un mero destello de la santidad de

Dios, gimió: “¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” (Is. 6:5). Más adelante en su profecía Isaías declara: “¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor? ¿Quién de nosotros habitará con las llamas eternas?” (Is. 33:14). La santidad de Dios es un fuego devorador: ¡o purgará nuestro pecado, o nos destruirá con él! Es tal como Jesucristo advirtió: “Todos serán salados con fuego” (Mr. 9:49). Podemos escoger entre el fuego refinador que nos hace santos (Mal. 3:2-3) y la ira que nos destruye (Mal. 4:1).

La santidad empieza en el momento que empieza el principio de la pureza, a saber, el amor a Dios se derrama en el corazón en el nuevo nacimiento. Pero la santificación completa es aquella obra del Espíritu Santo por cuyo medio se hace santa el alma justificada. Esta obra instantánea de santificación por lo general es precedida y también seguida del crecimiento gradual en la gracia. El Espíritu nos asegura de esta purificación (1 Cor. 2:12).

La pureza se distingue de la madurez. Al quedar destruido el pecado innato no puede haber aumento de pureza, pero si puede haber aumento de amor, y de todos los frutos del Espíritu.

Las Raíces que Permanecen

Allá para finales de la década de 1920, la Universidad Nazarena del Noroeste en Nampa, Idaho, construyó un nuevo gimnasio. Se decía que era uno de los mejores gimnasios en todo el estado para aquel entonces. Pero en apenas 30 años ya resultaba inadecuado para acomodar al gran público que venía a los juegos de baloncesto. De niño, para finales de la década de 1950, recuerdo que en lo que me parecía un enorme gimnasio, el de la escuela secundaria de Nampa, que quedaba casi a dos kilómetros de la Universidad, también se celebraban partidos de baloncesto.

Como estudiante universitario a principios de la década de 1970, fui miembro del equipo interuniversitario de baloncesto que jugaba en el viejo gimnasio de la Universidad, para entonces irremediablemente caduco. Aunque había quienes, por ser conservacionistas empedernidos, querían conservarlo, dos o tres años más tarde sería inevitablemente demolido.

¿Cesó el baloncesto de la Universidad Nazarena del Noroeste cuando aquel venerado gimnasio construido de ladrillos con la mano de obra de los estudiantes fue demolido? ¡Claro que no! El baloncesto nazareno universitario es allí más popular que nunca.

De la misma manera, los nazarenos continúan buscando la plenitud con el Espíritu Santo para la entera santificación, y obteniéndola, aun cuando las antiguas expresiones ya no se usen ni las viejas prácticas sean evidentes.

Antes como ahora la doctrina de la entera santificación goza de fundamento bíblico. El libro de William M. Greathouse, *Wholeness in Christ* [Completo en Cristo], de reciente publicación (1998), nos recuerda de nuevo las raíces bíblicas de la perfección cristiana. Una tercera parte del libro trata de la santidad según la entiende el Antiguo Testamento, y el resto según la entiende el Nuevo Testamento, siendo el más extenso capítulo el que trata con la doctrina de Pablo sobre la santificación en el libro de Romanos.

Este es el tipo de libro que nos advierte que aunque Wesley y el movimiento de santidad americano sean cruciales para nuestra comprensión de la entera santificación, nada de lo que digan estos, por vital que sea, contradice lo que desde el principio dijeron los escritores bíblicos.

2) Santificación

Se llama santidad, santificación, pureza, perfección, plenitud de Dios y de Cristo y del Espíritu Santo, y plena certidumbre de la fe. Lo que se entiende por estas frases es aquella participación de la naturaleza divina que excluye toda depravación original o pecado innato del corazón, y lo llena de amor perfecto para con Dios y el hombre, amor perfecto, la unción del Santísimo y el bautismo del Espíritu Santo.

- 1) La doctrina de la santificación inmediata y completa se apoya en los textos de la Escritura que manifiestan la voluntad de Dios (Jn. 7:17; Rom. 12:1-2; Efe. 5:17-18; Col. 4:12; 1 Tes. 4:3; Heb. 10:9-10).
- 2) Los que expresan su mandato (Gen. 17:1; Ex. 19:6; 1 R. 8:61; Mat. 5:48; 22:37; Jn 5:14; 2 Cor. 7:1; 8:11; Efe. 5:17-18; Heb. 6:1; Stg. 1:4; 1 Ped. 1:15-16).
- 3) Los que declaran su promesa (Sal. 119:1-3; Isa. 1:18; Jer. 33:8; Heb. 7:25; 10:16-22; 1 Jn. 1:7, 9)
- 4) Los pasajes en que se busca la bendición por medio de la oración (Sal. 51:2, 7, 9; Os. 14:2; Mat. 6:10; Jn. 17:17; 1 Tes. 5:23).
- 5) Los que señalan ejemplos (Gen. 6:9; 2 R. 20:3; Job 1:1; Sal. 37:37; Luc. 1:6; 1 Cor. 2:6; Fil. 3:15; 1 Tes. 2:10; Heb. 12:23).
- 6) Los que implican la doctrina (Efe. 3:16-19; 4:12-16; Heb. 12:14; 1 Jn. 3:3-9; 4:12, 16, 18; 5:18; Apo. 7:14; 2 Ped. 1:4; 1 Ped. 1:22)

Errores de juicio, flaquezas del cuerpo, temores ocasionados por sorpresas, sueños desagradables, pensamientos extraviados durante la oración, periodos en que no se experimenta gozo, convicción de incompetencia respecto de trabajos por el Señor, y fuertes tentaciones, no son de ninguna manera incompatibles con la idea de santificación o amor perfecto. El cristiano necesita seguir creciendo en la gracia de Dios, echando mano de todos sus beneficios. No hay estado de madurez cristiana en esta vida tal que no admita progreso (Job 17:9; Sal. 84:7; Pro. 4:18; Mal. 4:2; Fil. 3:13-17; Heb. 6:1; 1 Ped. 2:2-5; 2 Ped. 3:18).

Todo creyente perseverante está avanzando hacia la santificación entera. Estos alcanzaran esta gracia antes de morir, puesto que la promesa de la vida eterna lleva consigo, de parte de Dios la garantía de la gracia necesaria (Efe. 5:27; Fil. 1:6; Jud. 24).

“Seréis santos, porque santo soy yo Jehová vuestro Dios” (Lv. 19:2). Este mandato se refiere tanto a la moral como al ritual, tal como resulta evidente al leer el código de santidad (Lv. 17—26). En los primeros días de la historia de Israel los elementos rituales o del culto eran sobresalientes, pero los elementos éticos estaban también presentes. En los profetas, los motivos morales y éticos de la santidad eran los temas dominantes, pero el ritual no se perdió de vista enteramente. “Si bien es cierto que la doctrina de la santidad de Israel al principio describía un estilo de vida en el que los elementos ritualista y ético se mezclaban al grado que no podían ser reconocidos, hacia el fin, la doctrina denotaba un estilo de vida en el que los dos todavía estaban mezclados, pero en el cual la ética era el elemento esencial y sobresaliente.”

La palabra hebrea que traducimos en “santo” generalmente se interpreta como “separado, apartado”. Pero este es sólo su segundo significado, que se deriva del propósito de aquello que es santo. Su significado primordial es ser espléndido, bello, puro y libre de toda contaminación. Dios es santo —como Aquel que es absolutamente puro, resplandeciente y glorioso. Por ende, el símbolo de ello es la luz. Dios habita en una luz inaccesible.... E Israel había de ser un pueblo santo, como si estuviera morando en la luz, merced a su relación de pacto con Dios.

Lo que hizo que Israel fuese un pueblo santo no fue el hecho de que fuera seleccionado de entre todas las demás naciones, sino la relación con Dios que tal selección hizo posible para el

pueblo. El llamado de Israel, su decisión y su selección, fueron sólo los medios. La santidad misma había de ser lograda, o alcanzada por medio del pacto, que proveía el perdón y la santificación, y en el cual Israel sería guiado hacia adelante y hacia arriba, mediante la disciplina de la ley y la dirección del brazo santo de Dios. De modo que, si Dios manifestó la excelencia de su nombre en la creación, el camino de su santidad estaba en Israel.

Bowman hace una distinción entre los significados profético y sacerdotal de la santidad. La idea sacerdotal es la de ser apartado, dedicado, separado. Lo “santo” es aquello que ha sido separado para Dios. En este sentido, el templo, el sacerdocio, el diezmo, el día de descanso, toda la nación, eran “santos”. La idea profética es ética, tal como la vemos en Isaías 6 y Malaquías 3. Ambos significados combinan, como ya hemos visto, el “código de santidad” de Levítico 19, cuya culminación sublime es un pasaje ético que reza: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo Jehová” (véanse vv. 9-18). “El Nuevo Testamento, finalmente recoge sólo el lado profético del término y lo perpetúa. Todos los cristianos han de ser ‘santos’ (‘llamados a ser santos’, Ro. 1:7), o sea, éticamente santos, separados, consagrados al servicio de Dios (Mr. 6:20; Jn. 17:17; Ap. 3:7), para que puedan tener compañerismo con el Santo (Hch. 9:13; Ro. 1:7; He. 6:10; Ap. 5:8)”

Walter Eichrodt establece el mismo concepto al escribir: El elemento decisivo en el concepto de la santidad resulta ser el de pertenecerle a Dios... (Pero) el hombre que le pertenece a Dios debe poseer una clase especial de naturaleza, la cual al incluir al mismo tiempo la pureza externa e interna, ritual y moral, corresponderá a la naturaleza del santo Dios.

La visión de Isaías en el templo revela con claridad la naturaleza ética de la santidad tal como se relaciona a la experiencia humana. La santidad de Dios se comunica a sí misma al adorador y se vuelve un fuego santificador que purga la naturaleza interior. El resultado de la purificación del corazón de Isaías fue la afirmación y la expansión de su misión profética. “Jehová de los ejércitos será exaltado en juicio, y el Dios santo será santificado con justicia” (Is. 5:16).

La doctrina del Nuevo Testamento es edificada sólidamente sobre el cimiento de la enseñanza del Antiguo Testamento. Un repaso cuidadoso de las referencias del Nuevo Testamento sobre el asunto indica que, si bien es cierto que la enseñanza profética y ética es dominante, el significado ritualista y religioso ha sido preservado.

De la iglesia cristiana se dice que es una “nación santa”, cuyos habitantes constituyen un “real sacerdocio” (1 P. 2:9-10). Otra descripción es que los cristianos son un “templo santo” (1 Co. 3:17; Ef. 2:21; véase 1 P. 2:5). Por esta razón, todos los cristianos son “santos”, título que se encuentra sesenta y seis veces. Pero con aun mayor énfasis que en el Antiguo Testamento, la santidad del culto demanda pureza ética: “Sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir” (1 P. 1:15). La santificación implícita debe volverse explícita al saturar y hacer santas todas las partes de la vida.

La idea central del cristianismo es la purificación del corazón de todo pecado, y su renovación a la imagen de Dios. Al interpretar *hagiazó* (el verbo griego “*αγίος*” (*hagios*), que significa santificar. Thayer incluye dos clases de purificación:

- (1) purificar por expiación, librar de la culpa del pecado
- (2) purificar interiormente por la reforma del alma

Esto corresponde a las dos obras que llamamos justificación (con el nuevo nacimiento) y entera santificación. Con la justificación y la regeneración hay la “purificación por expiación de la culpa del pecado” (1 Co. 6:11; Stg. 4:8a). Wiley se refiere a esto como la purificación de la depravación adquirida. Mediante “el lavamiento de la regeneración” (Tit. 3:5) la contaminación

resultante de nuestros pecados es quitada, y nosotros somos hechos “limpios” (Jn. 15:3). Esta es la razón por la cual se dice que la santificación principia en la regeneración.

Negativamente, la entera santificación purifica el corazón de la raíz o presencia del pecado, logrando o efectuando una devoción completa (de un solo ánimo) a Dios (Jn. 17:17, 19; Ef. 5:26; 1 Ts. 5:23; Stg. 4:8b). La entera santificación no es tanto un estado como una condición preservada de momento en momento, conforme andamos en la luz (1 Jn. 1:7). Positivamente, la santificación es la restauración de la imagen moral de Dios “en la justicia y santidad de la verdad” (Ef. 4:24). Esta santificación positiva incluye una obra progresiva, que es iniciada en la regeneración, acelerada por la purificación del corazón y el ser llenos con el Espíritu, y consumada en la glorificación. El proceso es bellamente descrito por Pablo con las siguientes palabras: “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen” (2 Co. 3:18).

(1) La santificación como un proceso total. La palabra *hagiasmos* aparece diez veces en el Nuevo Testamento y es traducida “santificación” en cada caso por la Revisión de Valera (1960) y por muchas otras versiones. La palabra “denota estado, pero no ese estado oriundo del sujeto, sino el que resulta de cierta acción y cierto progreso”. El significado amplio de *hagiasmos*, que describe e incluye el proceso total de la santificación, es indicado en 1 Co. 1:30; 2 Ts. 2:13 y He. 12:14.

Viéndola éticamente, la salvación es santificación: al hacer santas nuestras vidas por el Espíritu santificador. De principio a fin, nuestra santificación personal es su obra de gracia en nosotros. Esta santificación es toda una pieza, o una “continuidad de gracia” llevada adelante por el Espíritu Santo. “El Espíritu Santo”, escribió Juan Wesley, “no sólo es santo en Sí mismo, sino también la causa inmediata de toda santidad en nosotros.”

(2) Santificación inicial. La santificación principia en la regeneración. La nueva vida impartida por el Espíritu Santo es un principio de santidad. “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Ro. 5:5). Al escribirle a los cristianos corintios, Pablo dijo: “¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados... heredarán el reino de Dios. Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios” (1 Co. 6:9-11).

En su sermón “El Pecado en los Creyentes”, Wesley dice lo siguiente sobre ese pasaje: “Ya habéis sido lavados”, dice el Apóstol, “ya habéis sido santificados”, lo que significa, que habían sido purificados de “la fornicación, la idolatría, la borrachera” y toda otra forma de pecado externo; y sin embargo, al mismo tiempo y en otro sentido de la palabra, no eran santificados, no eran lavados, internamente, de la envidia, de pensar mal, de la parcialidad.

Por lo tanto nosotros hablamos de la santificación inicial diciendo que es parcial en vez de completa, o entera. Este último término, dice Wesley, “no es indefinido, en el sentido de que no denote la purificación en grado mayor o menor de la contaminación del pecador. Es un término definido, y se limita estrictamente a esa culpa y depravación adquirida resultante de pecados cometidos, de los cuales el pecador mismo es responsable”.

La exhortación de Pablo en 2 Corintios 7:1 es otro pasaje donde también se implica la santificación inicial o parcial. El Apóstol escribe: “Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios.” Este versículo aboga por ambas, la santificación inicial y la entera

santificación. Los corintios habían de perfeccionar, o de hacer que fuese completa una santidad que (entonces) sólo era parcial.

(3) Entera santificación. Si bien muchos pasajes del Nuevo Testamento implican la doctrina de la entera santificación, muchos otros parecen demandarla; entre éstos citamos Juan 17:17, 19; Romanos 6:12-13; 12:1-2; 2 Corintios 7:1; Efesios 1:4; 5:26; 1 Tesalonicenses 5:23; Tito 2:14, y tal vez Hebreos 13:12. Los límites de esta obra no permiten incluir una exégesis de todos estos pasajes, pero unos cuantos comentarios son esenciales.

En Romanos 6, Pablo exhorta a sus lectores que han muerto al pecado y que han sido resucitados a novedad de vida (6:1-10), a que hagan tres cosas:

(1) a que se consideren a sí mismos como aquellos que en efecto murieron con Cristo al pecado, y a través de Él fueron hechos vivos a Dios (6:11);

(2) a que dejen, o desistan de poner los miembros de su cuerpo a la disposición del pecado (6:12); y,

(3) “a que se entreguen, o se presenten a sí mismos ante Dios como personas que han muerto y han vuelto a vivir” (6:13, VP). La relación de este acto de fe obediente a la verdadera santificación se indica en el versículo 19: “Así como antes entregaron su cuerpo al servicio de la impureza y de la maldad, para hacer la maldad, así entreguen ahora su cuerpo al servicio de la vida recta, con el fin de vivir completamente consagrados a Dios” (VP; empero una versión correctamente traduce esto último, para santificación). Romanos 12:1-2 repite la misma exhortación a una consagración completa o total, para una santidad completa.

Efesios 5:25-27 marcha en la misma dirección: “Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha.” Cristo se entregó a Sí mismo para santificar la iglesia, que ya ha tenido el lavamiento de la regeneración. El versículo 24 nos informa que esta santificación logra la condición de estar “sin mancha” postulada en 1:4.

En 1 Tesalonicenses, Pablo se regocija porque sus convertidos habían recibido el evangelio “en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre” (1:5); pero su oración por ellos es que su fe sea perfeccionada (3:10), con el fin de que Dios afirmara “sus corazones, irrepreensibles en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo” (3:13). Pablo procede a recordarles a sus lectores que su santificación es la voluntad de Dios y el llamado a aquellos a quienes ya les ha dado el Espíritu Santo (4:3-8).

La culminación de su apelación se halla en 5:14-24. El propósito de toda la epístola se expresa en los versículos 23 y 24, que dicen: “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irrepreensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará.” El adverbio traducido “por completo” es la palabra griega más fuerte que Pablo pudo haber usado. Es un término compuesto, que significa “enteramente” y “perfectamente”. Morris escribe lo siguiente acerca de la oración del Apóstol:

La oración es que Dios os santifique por completo. Hay un aspecto de nuestra parte en la santificación puesto que se nos pide que rindamos nuestra voluntad para hacer la voluntad de Dios. Pero el poder manifestado en la vida santificada no es humano sino divino, y la oración de Pablo se expresa de esa manera en armonía con ello. En el sentido más profundo, nuestra santificación es la obra de Dios dentro de nosotros. La obra puede ser atribuida al Hijo (Ef. 5:26) o al Espíritu (Ro. 15:16), pero en cualquier caso es divina, La palabra traducida por completo es

excepcional, holoteleis, y sólo aquí se encuentra en el Nuevo Testamento. Es una combinación de las ideas de estar completo y de ser entero, y Lightfoot sugiere que se podría traducir así: “que Él os santifique para que podáis estar completos.”

La segunda parte de esta petición muestra que Pablo está pronunciando una oración a fin de que el hombre completo “intacto en todas sus partes” sea preservado santo e irreprochable hasta la Parousía. “La fidelidad de Dios”, escribe Morris, “es la base de nuestra certidumbre de que la oración ofrecida será contestada.”

3) Perfección

En la predicación de los profetas la santidad de Dios se vuelve una demanda de justicia personal y de justicia social. Es en esta combinación de santidad y justicia que el llamado de Dios a la perfección puede entenderse. De Dios se ha dicho, “perfecto es su camino” (Sal. 18:30), pero el hombre que teme a Dios debería también, en efecto, “caminar” con Dios en este “camino perfecto” (Sal. 18:32; 101:2, 6). Una revelación de Dios incluye un reconocimiento de su santidad única. Esto a su vez pone en manifiesto la falta de santidad del hombre, su pecaminosidad, cuánto necesita la misericordia. La santificación es el acto de gracia de Dios que hace que el pecado sea removido, y que logra la conformidad de hombres obedientes a la perfección de Dios en justicia. La consecuencia de esta secuencia es la perfección del hombre en santidad.

El término hebreo que traducimos en perfección significa plenitud, justicia, integridad, libertad de mancha o culpa, paz perfecta. Una manera de expresar la idea en el Antiguo Testamento era la expresión metafórica de “caminar con Dios” en fidelidad y compañerismo. Enoc “caminó con Dios” (Gn. 5:22, 24). En Hebreos 11:5, la idea se expresa diciendo que Enoc “tuvo testimonio de haber agradado a Dios”. De Noé leemos que “con Dios caminó” (Gn. 6:9), en contraste a sus vecinos. El mandato que Abram recibió fue: “Anda delante de mí y sé perfecto” (Gn. 17:1).

Además de ser una excelente producción poética sobre el tema del sufrimiento innecesario, el libro de Job es un tratado sobre la perfección. En este libro Job es presentado como un “hombre perfecto y recto” (que es una traducción literal del original), y “temeroso de Dios y apartado del mal” (Job 1:1). Satanás admite, muy a su pesar, tal descripción, pero los “amigos” de Job la rechazaron. Si bien el problema del mal queda sin contestación, Job resulta vindicado. En el prólogo del libro, Satanás admite que Job es un hombre justo, pero es cínico en cuanto a los móviles del patriarca, e insiste en que su justicia resulta de su deseo de ser próspero materialmente. Quítese este factor, o ganancia, demanda Satanás, y veremos cuán pronto se rebela Job. Pero Job pasa airoso la prueba y de esa manera justifica la aseveración de Dios de que la justicia de su siervo es sincera, y por ende genuina. La perfección de Job era un asunto de móvil, de su amor desinteresado a Dios. El corazón de Job era perfecto delante de Dios porque su intención era pura. Esta es la idea básica de la perfección en el Antiguo Testamento.

Excepción hecha del Decálogo, es probable que ningún otro pasaje del Antiguo Testamento haya influido más en el pueblo judío que el Shema, que ha sido llamado el credo de Israel: “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas” (Dt. 6:4-5). Se declara que el amor es el móvil por el que el Señor escogió a Israel, y que el amor, demostrado por la obediencia, ha de ser la respuesta de Israel a ese amor (Dt. 7:6-11). Para hacer posible esta perfección en amor, debe haber una extirpación de la perversidad.

Pero si la necesidad es grande, la provisión es cabal: “Y circuncidará Jehová tu Dios tu corazón, y el corazón de tu descendencia, para que ames a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, a fin de que vivas” (Dt. 30:6). Esto se convierte en la gran doctrina nuevo-testamentaria de la circuncisión del corazón por el Espíritu Santo (Ro. 2:29; Col. 2:12). ¡Mediante la circuncisión del corazón y la extirpación del pecado original, el amor perfecto es hecho posible para el pueblo de Dios! Esta es la doctrina de Juan Wesley de la perfección cristiana.

4) La promesa del Pentecostés

¿Podían los hombres ser santos antes del tiempo de Cristo? La experiencia de Isaías en el templo es una respuesta afirmativa refulgente. Era posible alcanzar la perfección bajo el Antiguo Pacto. Pero el privilegio de una visión santificadora del Señor sólo era dado a los miembros de una aristocracia espiritual; los soldados de fila, casi la totalidad de los israelitas, estaban encerrados bajo la ley, y vivieron en el valle de fracasos repetidos (He. 10:1-4; véase también Ro. 7:7-25). Antes de que todos pudiesen experimentar la libertad del pecado, y la perfección en amor, era necesario que interviniera un derramamiento espiritual sobre el pueblo de Dios. Esta efusión del Espíritu de Dios era lo que los profetas anticipaban intensamente.

A través de Jeremías, Dios había declarado en cuanto a ese día: “Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande” (Jer. 31:33-34). Ezequiel hizo una profecía casi idéntica: “Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados... Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros... Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos” (Ez. 36:25-27).

Refiriéndose al mismo día, Jehová declara a través de Joel: “Derramaré mi Espíritu sobre toda carne” (Jl. 2:27-29). Es muy significativo que los rabinos judíos interpretaron estas promesas y otras parecidas como que describían una actividad santificadora futura del Espíritu de Dios que caracterizaría a la edad mesiánica. Un ejemplo típico de la literatura rabínica sobre este particular es la forma en que S. Simeón Johai interpreta la frase de Ezequiel, diciendo así: “Y Dios dice, ‘En esta edad, porque el impulso malo existe en ustedes, han pecado contra mí; pero en la edad venidera lo extirparé de ustedes’.”

El texto de santidad más importante del Nuevo Testamento es la declaración de Simón Pedro el día de Pentecostés: “Mas esto es lo dicho por el profeta Joel...” (Hch. 2:16 y ss.). El derramamiento del Espíritu, por tanto, tiempo esperado, había acaecido. La era del Espíritu que Ezequiel había anticipado estaba ya aquí. La profecía de Jeremías se había vuelto parte de la historia, tal como el escritor de Hebreos declara: “Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados. Y nos atestigua lo mismo el Espíritu Santo; porque después de haber dicho: Este es el pacto que haré con ellos después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en sus corazones, y en sus mentes las escribiré, añade: Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones” (He. 10:14-17).

Sería difícil exagerar la importancia de esta verdad. Lejos de ser algo en la periferia, la santificación está en el corazón mismo del Nuevo Pacto. Al pregonar la venida del Mesías, de quien era predecesor, y haciendo eco de las palabras de Malaquías, Juan el Bautista declaró: “Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero... él os bautizará en Espíritu Santo y fuego” (Mt. 3:11, 12).

Este... es el énfasis constante del Nuevo Testamento: la obra, la presencia, la pureza, el poder del Espíritu Santo. De acuerdo con la dispensación todo había de culminar en Él y con Él. Su venida al corazón del creyente individual, y su resultante presencia purificadora y capacitadora era la realización final de las edades.

Juan Wesley vio esto claramente, y lo expresó así en Una clara explicación de la perfección cristiana: Los privilegios de los cristianos no pueden en manera alguna ser medidos por lo que el Antiguo Testamento dice respecto a los que vivieron bajo la dispensación judía, puesto que la plenitud del tiempo ha llegado, el Espíritu Santo ha sido dado, y esa “grande salvación” ha sido ya ofrecida a los hombres por la revelación de Jesucristo.

5) Perfección cristiana

Perfección cristiana y entera santificación son dos términos que describen la misma experiencia de la gracia de Dios. La perfección en amor delante de Dios es la santidad cristiana. El verbo *teleio*, que se traduce “perfeccionar”, aparece veinticinco veces en el Nuevo Testamento. Significa (1) realizar un propósito, alcanzar cierta norma, lograr una meta dada, y (2) cumplir o completar. Pablo usa el adjetivo, *teleios*, siete veces. En varios casos es obvio que el significado es “maduro” en el sentido moral (1 Co. 14:20; Ef. 4:13-14). Pero en 1 Co. 2:6 y 15, los “perfectos” son considerados iguales a los “espirituales” (que sucede también en 1 Co. 3:1). Un estudio de este último pasaje indica que los “perfectos” son los que han sido enteramente santificados. J. Weiss llega a la conclusión de que si bien la perfección generalmente es futura en los escritos de Pablo (como en Fil. 3:12), sin embargo, en algunos casos (1 Co. 2:6; Fil. 3:15) la perfección ya está presente. Weiss sostiene que el uso que Pablo hace de *teleios* en Colosenses 1:28 y 4:12 designa una perfección moral y espiritual.

Por lo tanto, la evidencia apunta a un significado doble de perfección. Un cristiano puede ser al mismo tiempo perfecto e imperfecto, de acuerdo con el sentido en que se usen las palabras. Una perfección relativa es ahora posible mediante la fe en el Espíritu, pero la perfección final no será realidad sino hasta la resurrección (Fil. 3:11-12, 20-21).

a. Perfección en amor. Una de las secciones más importantes sobre la perfección es Mateo 5:43-48, que culmina con el mandato del Maestro: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.” La palabra “pues” es la clave de este texto. Jesús está diciendo en efecto: “Así como vuestro Padre en los cielos es perfecto, (y que lo demuestra) enviando sus bendiciones sobre amigos y enemigos, vosotros debéis ser perfectos en vuestro amor hacia todos los hombres.” Es evidente que este es el amor de *agape*, espontáneo, buena voluntad que no se rinde, que emana de la vida interior de una persona en la que mora el Espíritu. Como tal, el amor perfecto es tanto el don de Dios (Ro. 5:5; 8:3-4; 1 Jn. 4:13-17), como el mandato de Dios (Mr. 12:29-31; 1 Jn. 4:21).

Cuando este amor se expresa, la ley es cumplida (Mt. 22:40; 1 Ti. 1:5). “No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley... el amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor” (Ro. 13:8, 9-10). La perfección cristiana es perfección en amor.

b. Semejanza a Cristo perfeccionada. La meta final de la perfección es ser cabalmente como Cristo, lo cual será el don que Dios nos dará en la venida de Cristo (1 Jn. 3:2). En vista de esta meta futura, cada cristiano debe confesar, con Pablo: “No que ya lo haya alcanzado, o que ya haya sido perfeccionado” (Fil. 3:12, traducción libre de la traducción de Wesley). “Hay una

diferencia entre uno que es perfecto” explica Wesley, “y uno que ha sido perfeccionado. Uno está equipado para la carrera; el otro está listo para recibir el premio.”²⁵